

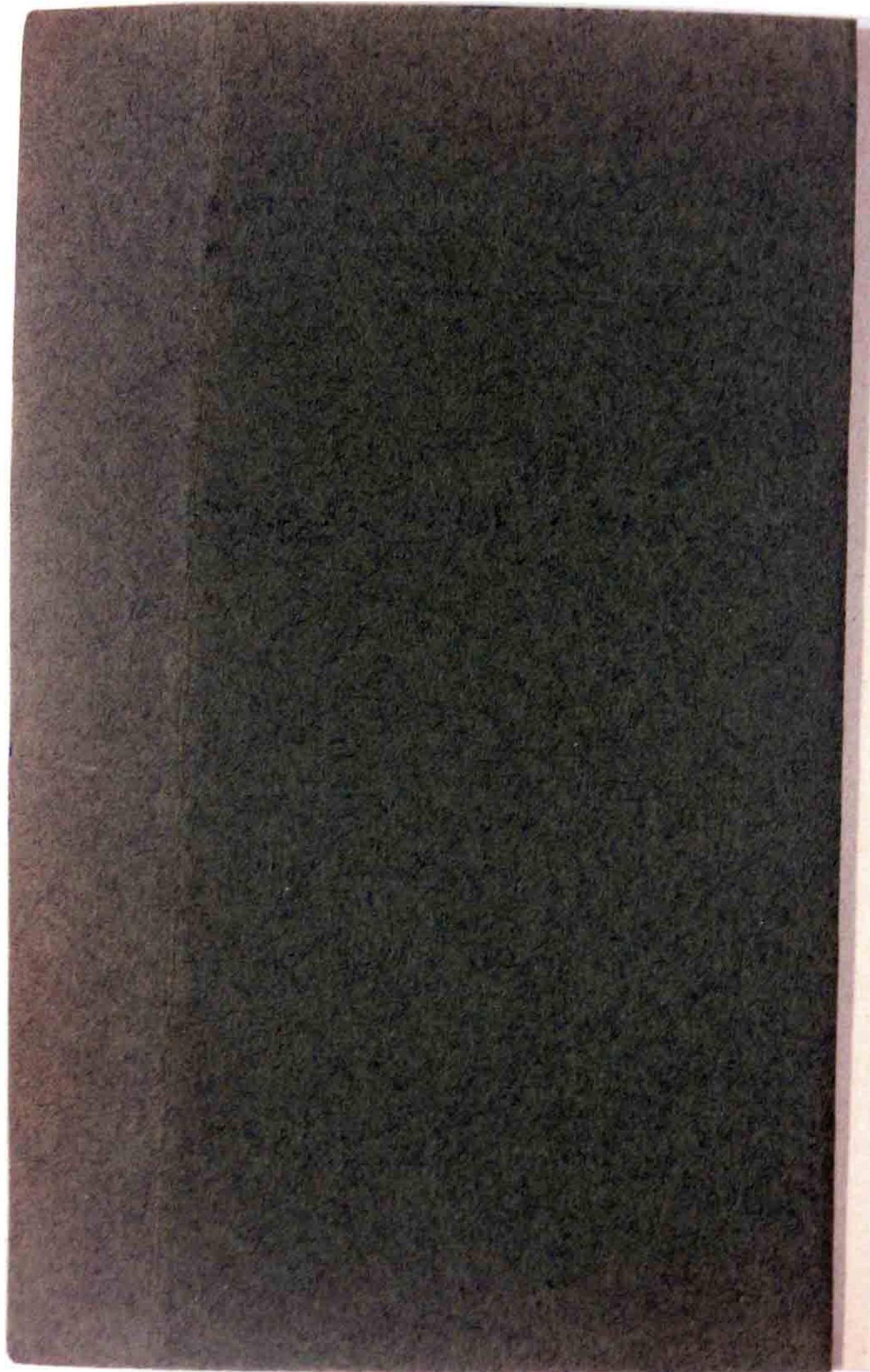
# Doce árboles

NARRACIONES QUE DEDICA  
A SUS DOCE NIETOS UN FO-  
RESTAL EN SERVICIO ACTIVO.

MURCIA

Imprenta de EL TIEMPO

1914





R. Codorniu.

# Doce árboles

UNIVERSIDAD DE MURCIA  
FACULTAD DE LETRAS  
BIBLIOTECA

NARRACIONES QUE DEDICA

A SUS DOCE NIETOS UN FO-

RESTAL EN SERVICIO ACTIVO

UNIVERSIDAD DE MURCIA  
Facultad de Letras  
BIBLIOTECA  
Departamento 

--	--	--	--

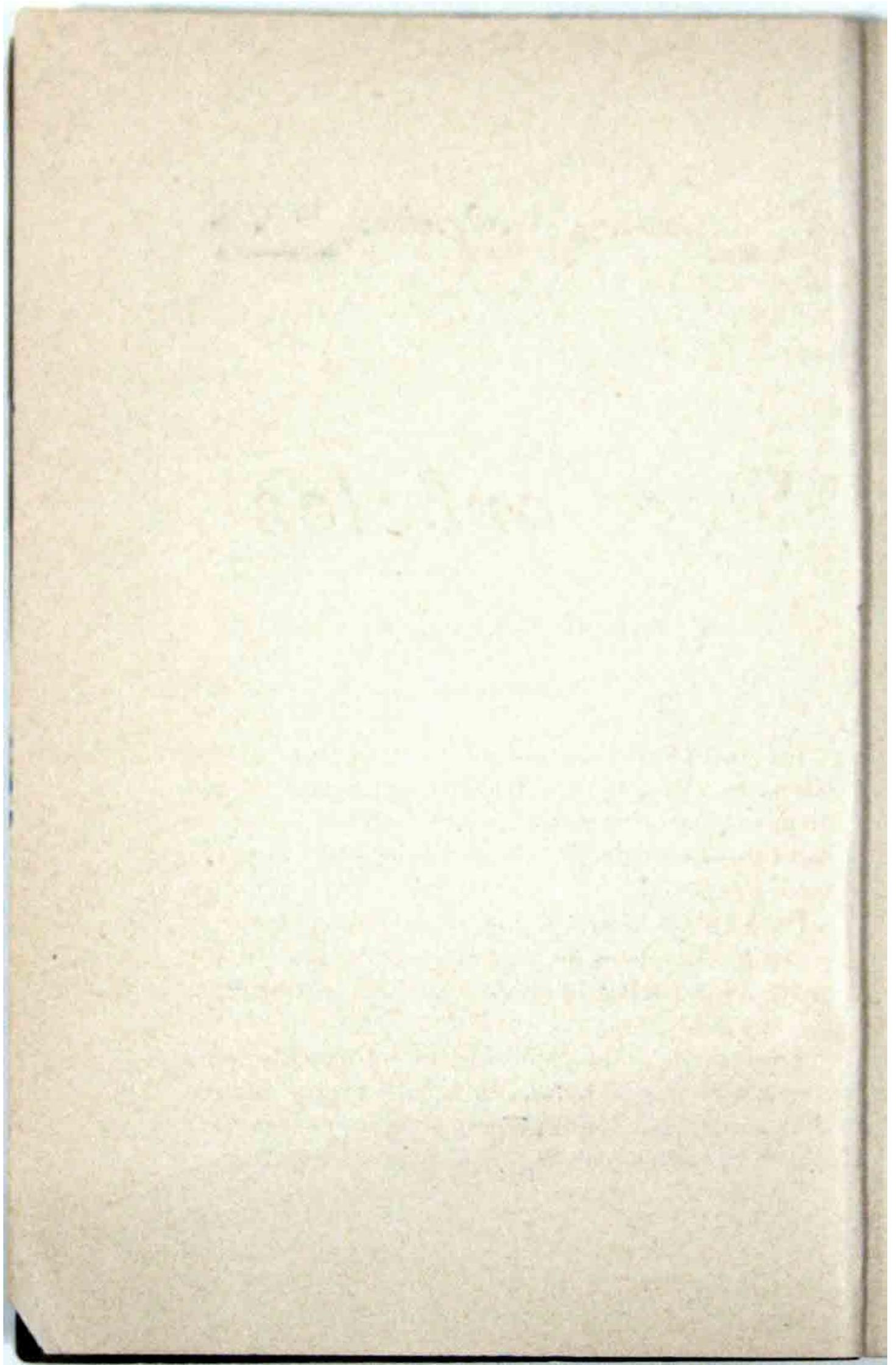
  
Registro 

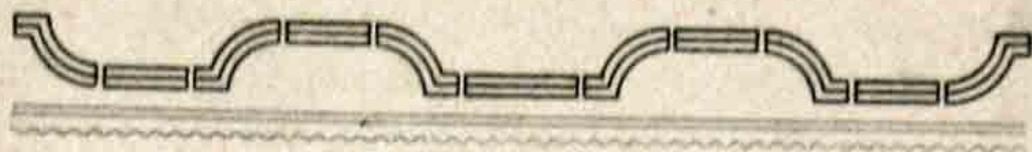
--	--	--	--	--	--	--	--

  
MURCIA

Imprenta de EL TIEMPO

1914





# I

## EL ÁRBOL EN MACETA

A Carmen Hernández-Ros y Codorníu

En cierto hermoso bosque de Asia, un árbol silvestre, cubierto de frutos maduros, servía de punto de reunión de las aves, que allí cantaban rebosando placer, y era entonces su repostería preferida.

Pasó un jardinero de los imperiales palacios, y recogió no pocos de los frutos, con gran disgusto de la multitud alada, que veía disminuidas sus golosinas.

Fueron colocadas las semillas en macetas con tierra, á la que se había mezclado algún mantillo, y recibían con regadera el agua necesaria. Germinaron las plantitas y al principio su vida

fué fácil y grata, porque pasaban el estío en el umbráculo del jardín, defendidas del ardor de los rayos solares y la estación helada en el invernadero, donde no les molestaban los frios, ni el viento les imprimía dolorosos vaivenes.

Sin embargo, llegó un día en que las inocentes plantitas sufrieron la pena impuesta á los grandes criminales, pues fueron decapitadas... para ingertarlas. Al pronto creyeron morir, mas se salvaron al fin, porque las raíces dieron agua y jugos de la tierra á las yemas del ingerto, y además disponían de algunas substancias orgánicas, de ésas que los arbolillos depositan á prevención en las celdillas de su tronco, convertidas en almacenes bien provistos, para la época de escasez.

Así se transformaron las yemas en ramillas con hojas, y éstas preparaban substancia vegetal, que enviaron á las raíces, para que pudieran ramificarse, producir nuevos pelos absorbentes y tomar más savia para las hojas.

Pronto las raíces llegaron á la impenetrable barrera de tierra cocida, que forma las macetas, y se vieron obligadas, muy á pesar suyo, á rodear las paredes, á manera de ovillo, lo que no dejaba de serles molesto.

Desde entónces empezaron á sufrir escaseces; apenas se les proporcionaba el agua y el alimento indispensables para que no se mustiasen los

pobres vegetales, que ya vivían contrahechos, pues el objeto del jardinero era que permanecieran siempre enanos.

A pesar de su pequeñez, uno de ellos llegó á producir algunas flores, lo que halagó su vanidad, y luego se regocijó más cuando se transformaron en bellos frutos. Ésto satisfizo al arbolillo, porque esperaba que acaso alguno de los huesos se desarrollaría al aire libre, produciendo una planta que no hubiera de soportar los tormentos y estrecheces de su progenitor, primero degollado, siempre medio emparedado y con el disgusto además de no ser un árbol, sino dos medios árboles, por que á la mitad superior no agradaban los jugos que le daba la otra mitad, ni á las raíces los manjares preparados para ellas por los granos de clorofila de las hojas, que son las cocinas de las plantas, aunque otros, con más propiedad sin duda, los llaman pulmones y estómagos de los vegetales.

Una tarde de otoño, poco tiempo después de ponerse el sol y cuando más tranquilamente dormía el arbolito su primer sueño, le despertó una desagradable impresión de frío, debida á que una joven de amarillenta tez y ojillos inclinados, lavaba su tronquito, sus ramas, hojas y frutos, con una esponja rebosando agua. Luego revistió la maceta con sederías bordadas. y fué

llevada por un palanquín.... ¡al palacio del emperador!

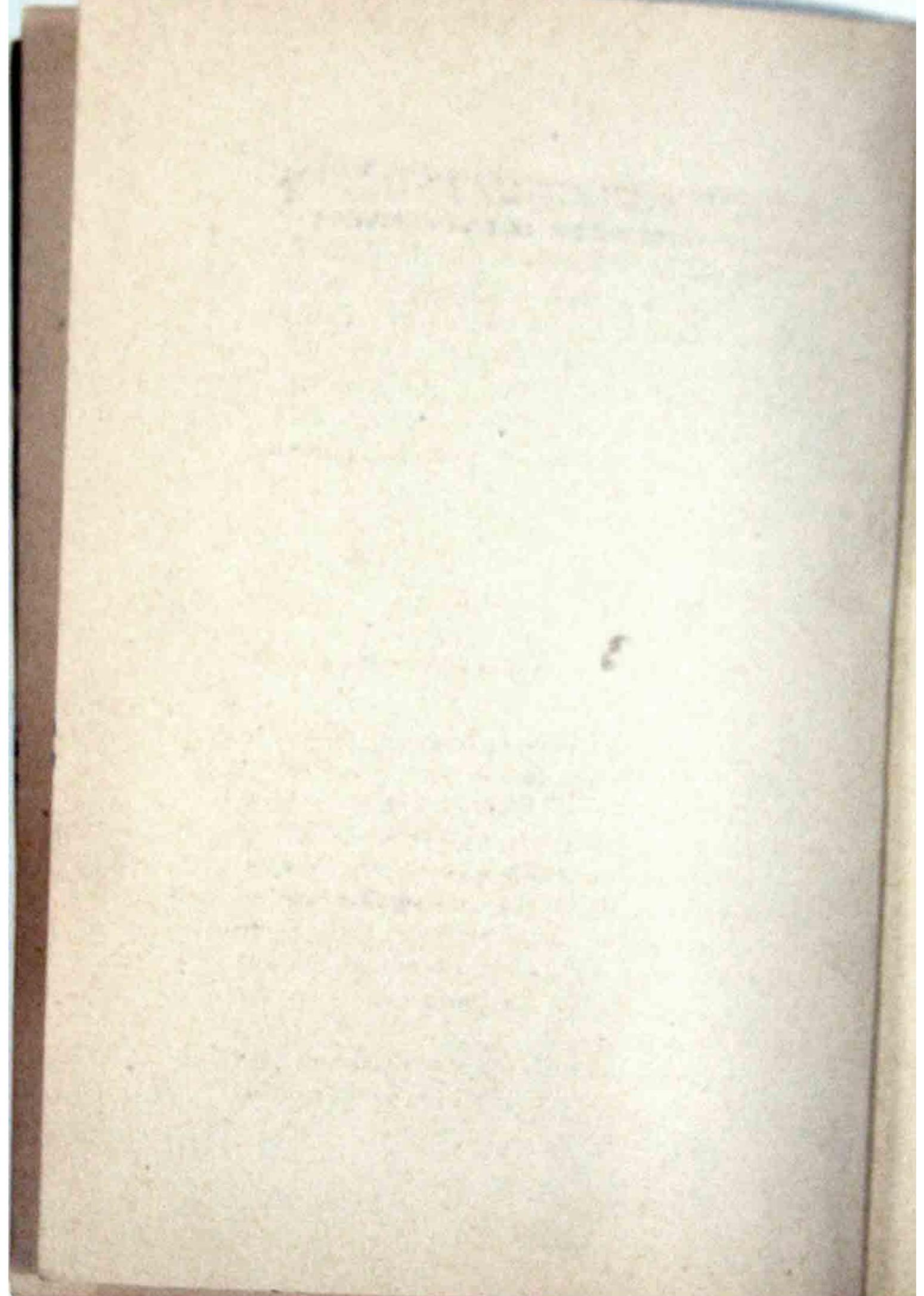
La pusieron en el centro de la mesa preparada para la comida oficial, en un salón cuya claridad era deslumbradora, y el arbolito empezó á absorber el ácido carbónico del aire, cual si fuera pleno día. Luego comenzó la música y el banquete, y la planta se hallaba gratamente entretenida, contemplando deslumbradores uniformes de los diplomáticos y palaciegos, cuando llegaron los postres.

Entonces ¡qué gran sorpresa y mayor dicha! El mismo emperador, el hijo del sol, de la luna y de todas las estrellas del firmamento, extendió sus soberanos brazos, arrancó uno de los frutos, lo comió mostrando vivo placer y luego, cogiendo los demás, obsequió con ellos á la emperatriz, y á los príncipes sus hijos. Tan gran honra compensó al arbolito el dolor que le produjo el desgarrar de los frutos, mientras los cortesanos le envidiaban, pues con gusto hubieran sufrido que su magestad imperial arrancase una de sus orejas, si le vieran comérsela con la misma sonriente faz y alegres ojillos con que había saboreado el fruto.

Después fué regalado el arbolito, como recuerdo, al primer ministro, y llevado al salón de su excelencia, se le colocó en la mesa central, cuyos piés mostraban dragones admirablemen-

te tallados, destacándose sobre rojo fondo de laca. Allí pasó algunos meses, casi adorado por la familia y por los visitantes; pero la falta de agua y principalmente la de sol hizo que se mustiara. Un servidor demasiado listo lo sustituyó por otro arbolito de la misma especie, sin que nadie advirtiese la superchería, y mientras los visitantes dirigían miradas codiciosas al sustituto, el auténtico entraba en putrefacción en un corral.







## II

### EL ARBOL AISLADO

A Juan de la Cierva y Codorníu

Un fruto, provisto de esas delgadas membranas que, poéticamente, llaman alas los botánicos, aunque sólo sirven para retrasar la caída de la semilla y para que el viento la pueda arrastrar lejos de la planta que le dió origen, se desprendió de un árbol. Adviértase que el hecho de ser ligero y alado un fruto, indica que la planta futura no ha de necesitar en sus primeros años que la copa del árbol padre la proteja contra el sol.

Cayó en lugar despejado, un caballo lo pisó sin aplastarlo y, como el suelo estaba mullido

se halló en el fondo del hoyito hecho por la puzña. Después, una lluvia otoñal lo llenó de agua y lo cubrió con tierra y así, la semilla halló la humedad suficiente para que se despertase su, hasta entonces, latente vida.

Primero se desarrolló el piquito de la semilla, formando el principio de la raíz central con la materia de los dos gajos, que eran la despena de que la había provisto la naturaleza para que pudiese vivir en la primera época, y que al quedar vacíos y adelgazados, se mostraron al exterior constituyendo el primer par de hojas, y sirvieron para que la plantita pudiera empezar á vivir por sí misma, fabricando la sustancia necesaria para su desarrollo; mas al llegar el invierno se detuvo su labor. Fijaos bien en que los arbolitos y las plantas en general, á la inversa que los estudiantes y los diputados, disfrutan en invierno un periodo de vacaciones, mas no imitan á los que viven en perpetua holganza.

En la siguiente primavera reanudó el arbolillo su trabajo y continuó su dicha; las raíces se extendían por do quier, ya que era único en disfrutar tanto del terreno que estaba á su alcance, como del aire para su ramaje, cual si fuera verdadero rey del lugar, pero rey sin parlamento ni limitaciones constitucionales. Se debió, sin duda, al goce de vida tan próspera, que se hiciese algo caprichoso.

Por ello no creció mucho, temiendo que la altura le obligase á gastar gran energía en la labor penosa de elevar no pocos metros los jugos que absorbían sus raíces. En tanto el tronco se encorvaba engrosando, como se encorva y hace voluminoso el vientre de las personas que comen demasiado y trabajan poco corporalmente.

Sin embargo, aunque viviendo el árbol con cierta esplendidez, no se mantenía ocioso. Resultaba interesante apreciar el afán con que trabajaban á la luz del sol los microscópicos granos de clorofila, á quienes deben las hojas su verde color, pues descomponían sin cesar el ácido carbónico del aire y con el carbono así obtenido y otras materias de la savia ascendente, fabricaban la dulce glucosa, empleada en su propio crecimiento. Más cuando alguna parte de ella resultaba sobrante, era transformada en granitos de almidón, que guardaba cuidadosamente en las celdillas, ejercitando así una prudente economía.

Luego, al aproximarse el invierno y estimar llegada la época de desprenderse de sus hojas, antes que las desgarraran los fríos, empezaban por retirar el almidón almacenado en ellas, conduciéndolo á los depósitos de reserva del tallo y luego, al pié del peciolo de la hoja, formaban una capa de corcho para cicatrizar de antemano

la herida que al desprenderse se hubiera podido producir. Al caer la hoja estaba bien guardado lo que merecía guardarse, que los árboles sólo derrochan belleza, salud y vida.

Mucho disfrutaba el árbol durante el verano, cuando hacía el mediodía, los ganados acudían á buscar su fresca sombra para sestear, y le pagaban el beneficio recibido haciendo más fructífera la tierra. Pero se estremecía si dos amantes se sentaban bajo sus ramas, para formar planes relativos á un porvenir encantador, porque en ocasiones sacaban una navajita y grababan sus nombres en el tronco, probablemente con objeto de que, si ellos llegaban á olvidar sus promesas, las cicatrices del árbol las recordasen... al árbol mismo, que de tal modo recibía ¡una vacuna de amor!

Todo acaba en el mundo, y también terminó la vida del árbol, en ocasión en que una terrible tormenta recorrió el paraje, y probablemente, por ser el único de los alrededores, recibió un rayo, que le dió la muerte.

Como su tronco no era recto ni alto, se le carbonó juntamente con las ramas no muy delgadas; el carbón fué empleado ya en preparar manjares, ya en las estufas para suavizar los fríos del invierno y luego se enterró la ceniza con objeto de que fecundase la tierra de un bello jardín.



### III

## EL ARBOL EN ESPESURA

A Antonio II-R y C.

Varios robles corpulentos dejaron caer á su pié bellotas gruesas y pesadas, y este hecho daba á entender que los futuros arbolitos necesitarían, durante algunos años, la sombra paternal, para no ser agostados por los rayos del sol.

Fueron recibidos por una gruesa capa de hojas secas, que poco á poco se iban descomponiendo, formando mantillo, y lo mezclaban con la tierra subyacente los gusanos, esos hábiles mineros que, construyendo galerías, preparan el terreno para que sea fácilmente recorrido por las raicillas, y á la vez para que contenga más elementos nutritivos.

Al apear poco después algunos árboles, los le-

ñadores aserraron las ramas gruesas, escuadraron el tronco y extrajeron maderas y leñas. Por las pisadas de los hombres y el arrastre de los productos, quedaron casi todas las semillas caídas suficientemente enterradas.

Pasado algún tiempo germinaron muchas y mostraron al exterior sus primeras hojitas verdes; pero como las plantitas nacidas estaban próximas unas á otras, poco á poco se les fué haciendo la vida más difícil, ya que disponían de pequeño espacio para extender sus raíces; además, para alcanzar la necesaria luz estaban obligadas á crecer de prisa.

Transcurridos pocos años y cuando ya fueron suficientemente fuertes para recibir directamente las caricias del sol, una mañana de invierno vieron llegar á cierto forestal, que, después de mirar atentamente á su alrededor, abrazó el tronco del árbol á quien debían la vida, y rápidamente le rodeó por una cinta dividida en centímetros. Los arbolillos supusieron al principio que ésto era una muestra de amor y respeto; pero cuando notaron que cierto forzado guarda desprendió con el hacha dos trozos de corteza en el tronco y en el comienzo de la raíz, y luego, con un par de enérgicos golpes dejó marcados en el leño los relieves del pesado martillo, comenzaron á sospechar que al pobre papá le sucedería algo malo.

Pronto acudieron los leñadores, apearon el árbol, que vino á tierra pesadamente, y rompió al paso muchos de los hermanitos, que se secaron, ya por el daño recibido, ya por la pena que les causó haber visto despedazado el árbol magestuoso que les dió vida. También el suceso había impresionado vivamente á los restantes, que derramaron algunas lágrimas de savia; más pronto los consoló la contemplación del cielo azul, el recibir directamente los rayos del sol y las gotas de rocío, como el disfrutar de mayor espacio para extender sus raíces; todo lo que constituía la valiosa herencia que les dejó al morir el autor de sus días. A la vez, legiones de bacterias, se dedicaron á transformar en sustancia inorgánica asimilable por las plantas, el sistema radical del árbol difunto.

Rápidamente se elevaron los arbolitos, pero creciendo tantos en espacio relativamente reducido, muchos no lograban que su tronquito engruesase lo necesario para sostener la copa, y acabaron por doblar su mustia cabeza y amarillento follaje. Los otros, siempre con el afán de subir, no les prestaban atención, cual los soldados, cuando cargan á la bayoneta, no se fijan en los que dejan atrás heridos por el plomo enemigo. La lucha por la existencia no apasiona menos que las luchas guerreras, por que la vida es el premio del vencedor.

Transecurrieron treinta años y engrosaron los troncos. De tiempo en tiempo un forestal medía los árboles menos fuertes, rectos ó desarrollados y los leñadores los suprimían. Algo semejante ocurre á los hombres; pero las hachas que les apean se llaman embriaguez, alcoholismo, microbio, armas blancas y de fuego, y en ocasiones específicos y curanderos.

Cuando los árboles eran ya centenarios, quedaban pocos y estaban espaciados, por lo que aumentaba considerablemente su producción de flores y semillas. También multitud de aves construían en ellos sus nidos y en primavera encantaban el aire con sus gorjeos, que armonizaban con el zumbido de los insectos, los murmullos del arroyuelo y el silvar del viento en las copas.

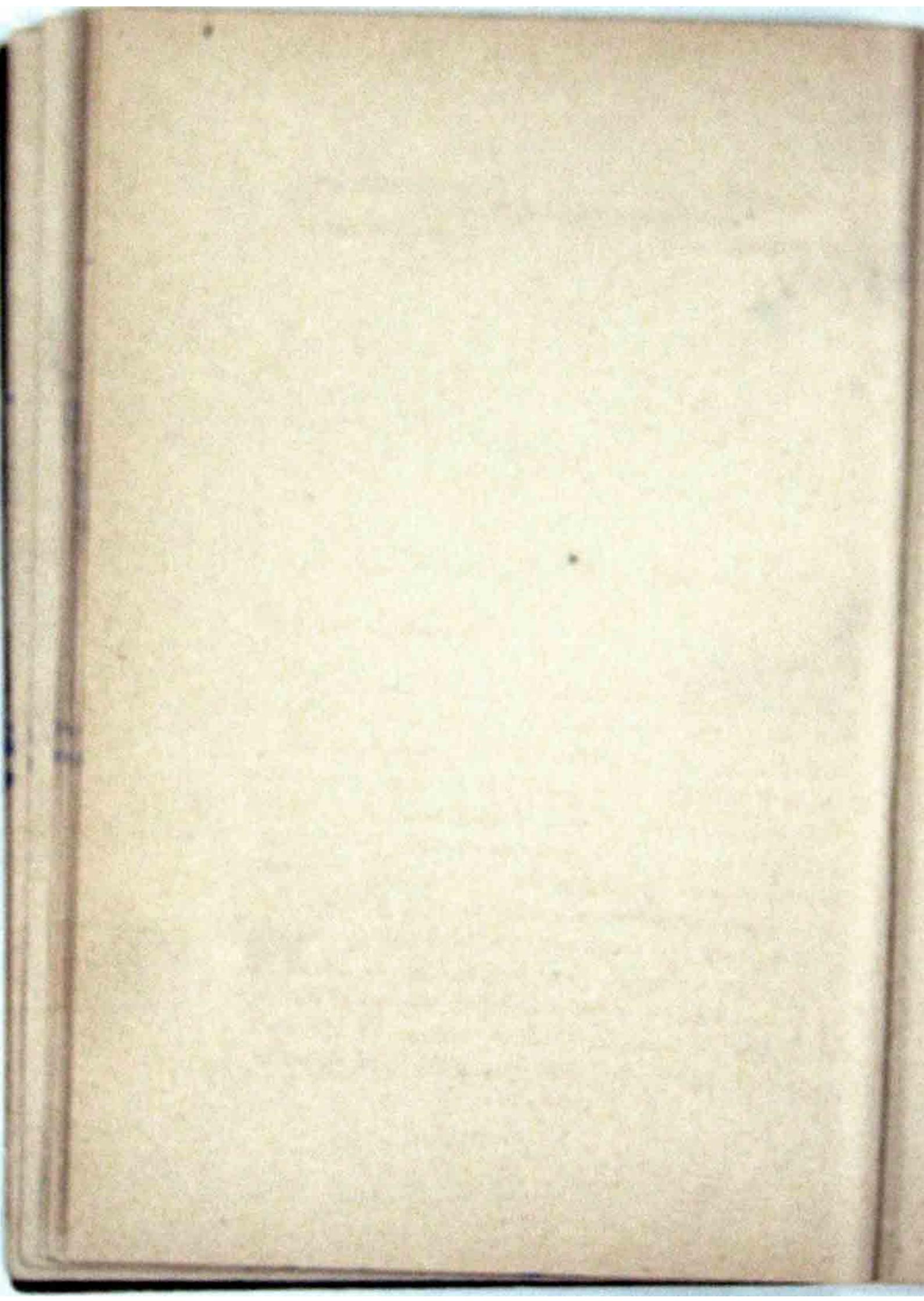
Luego, de todos los árboles hermanos, no quedó más que uno, que gozaba los mayores placeres viéndose rodeado de numerosa descendencia, á la que protegía contra el calor, el frío y el granizo.

Más todo acaba en el mundo y un hermoso día de invierno vió como se le aproximaba un forestal, le abrazaba y le medía con la cinta consabida.

¡Cuánto ansió tener alas ó que el viento le transportase (con raíces, tierra y todo, por su-

puesto) á un país en que no hubiera forestales ni leñadores!

Tristes horas pasó cuando fué cortado, más tras algún padecer, y descanso en el arsenal próximo, con su preciada madera se hizo la quilla de cierto hermoso buque, que ahora cruza el Océano Atlántico, y también el asta donde ondea... ¡LA SANTA ENSEÑA DE LA PATRIA!





## IV

### EL ARBOL EN EL HUERTO

A Ricardo de la C. y C.

Un naranjo vivía feliz en la huerta de Murcia, porque el hortelano le quitaba, en tiempo debido, las ramas secas y las chuponas, le abonaba al cavarle, para que las nuevas raicillas hallasen la tierra substanciosa y mullida, y luego le binaba, á fin de que las malas yerbas no le disputasen los jugos de la tierra ni el calor del verano desecase el suelo; en una palabra: lo cultivaba á uso y costumbre de buen labrador.

No era extraño, por tanto, que al llegar la primavera se le creyese árbol criado en el famoso jardín de las Hespérides y aun en el Paraiso terrenal, tanto por sus hojas nuevas, que de

raso parecían, y formaban armonioso contraste con las obscuras y aterciopeladas nacidas el año anterior, como por sus hermosos frutos y sus encantadoras flores de celestial aroma, que son el adorno más estimado de las desposadas.

Una cerca de alambre espinoso rodeaba el huerto, defendiéndolo de animales y merodeadores, y además una cortina de cipreses moderaba el ímpetu de los secos vientos de poniente, para que no se mustiasen las hojas ni viniese á tierra el dorado fruto, que el exportador transforma en oro de ley.

Mas cierto día, un diminuto insecto, algo emparentado con la temible filoxera, y cuyo nombre vulgar es tan nauseabundo como feo el que le asignan los naturalistas (1). Llegó á una hoja, y después de corto paseo, atravesó la epidermis con el pico, que hundió en el tejido celular, para no volver á sacarlo. El resto de su vida lo pasó el animalito chupando y chupando, como hacen las sanguijuelas con la sangre humana; pero hay la diferencia de que cuando éstas se sacian, sueltan para hacer la digestión, y el parásito del árbol sigue adherido, hasta el fin de su existencia, como el empleado á la nómina, ¡si le dejan!

Creció el cuerpo del insecto, más no sus pa-

---

(1) «*Chrysonphalus dictyospermi*». Piojo rojo.

tas, que por el género de vida adoptado le habían de ser inútiles en lo sucesivo. Al mismo tiempo, empezó á exudar cierta sustancia semejante á la cera, con la que formó una coraza muy útil para defenderse contra la lluvia y otros enemigos. Luego puso muchos huevos que pronto se hicieron insectos, los que, reproduciéndose rápidamente, llenaron no sólo aquel árbol sino también los de los alrededores, tiznando hojas y frutos y convirtiendo la belleza en fealdad y miseria.

El hortelano se esforzaba en combatir aquel terrible enemigo del árbol y del hombre. ¡Cuántos y cuántos medios puso en práctica para exterminarlo! Lavó y pulverizó el árbol con los malolientes menjurjes formados por el jabón cáustico, petróleo, creosota, aceites de pescado, brea... Hasta empleó vapores de ácido cianhídrico, del terrible veneno que mata el insecto... y aun al hombre, ¡al menor descuido! Después de gastar mucho dinero, el hortelano se declaró vencido por falta de recursos y, resignado, dejó obrar á la sabia Naturaleza.

Entonces empezaron á llegar volando otros insectos, cuya mayor longitud no pasa de medio milímetro y corresponden al mismo orden en que están clasificadas las laboriosas abejas y las hormigas. ¿Qué podían hacer los insectillos de débiles mandíbulas, contra los acorazados

himenópteros de largo pico? Sin embargo, las hembras llevan en el extremo de su abdomen un taladro y es curioso saber como lo emplean.

Al llegar á la hoja elegida, se posan sobre una coraza, y atentamente la recorren del borde al centro, una vez y otra, hasta cerciorarse de que debajo existe el insecto que buscan. Segura ya la hembra, endereza el taladro y traspasa con él la capa cerosa; saca el instrumento, prueba la gotita de líquido que sale del agujero, acaso para ver si agradará á su descendencia; de nuevo una, dos y tres veces vuelve á introducir el oviducto, hasta que, satisfecha de sus investigaciones, pone algunos huevos, ya junto al cuerpo de la víctima, ya en su interior. (1)

Cuando las larvas del parásito salen del huevo, comienzan á devorar su víctima, mas con la prudencia necesaria para no quitarle algún órgano de los absolutamente indispensables á la vida, pues si muriese antes del tiempo, tambien la larva moriría de hambre.

Al fin todo es comido, y en breve salen nuevos insectos á continuar su labor, en extremo perjudicial para el insaciable chupador de na-

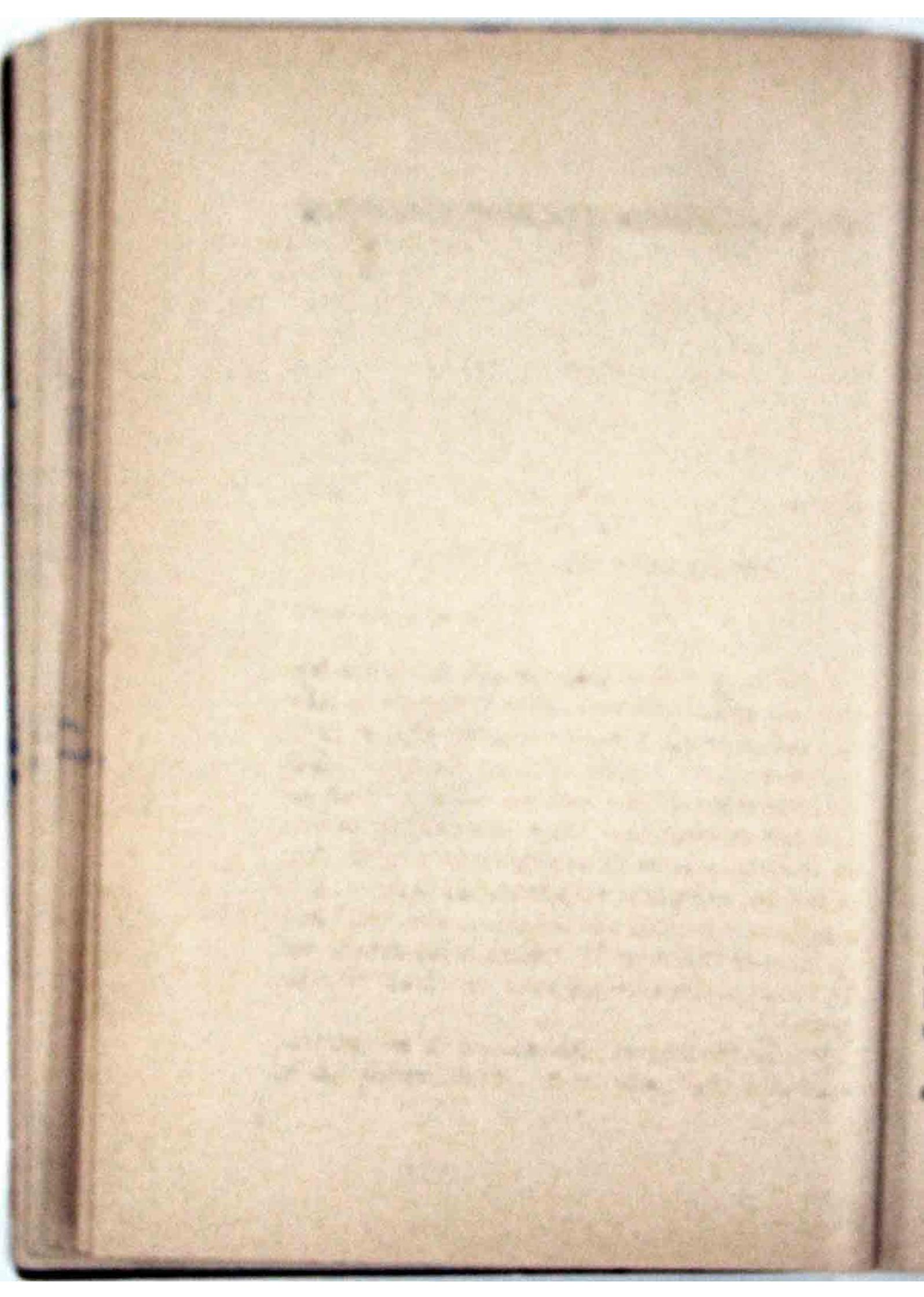
---

(1) Entre los afelinos que son parásitos en el interior del piojo rojo, figura el «*Coccophagus lunulatus*», y al exterior el «*Aphelinus chrymsophali*»; éste, descubierto por el famoso entomólogo español don Ricardo García Mercet.

ranjos, que es vencido al fin, gracias á la rápida multiplicación del casi invisible amigo del hombre.

Curioso es recordar que el utilísimo insecto alado, en la mayoría de los casos sólo tuvo madre y en no pocos, ni siquiera abuelo ni aun bisabuelo.

~~~~~  
Se admira cuán grande es Dios al contemplar los planetas y las estrellas, mas no parece menor al estudiar los átomos.





V

EL ARBOL EN LA DUNA

A Mercedes H-R. y C.

La villa de Guardamar tiene historia tan larga como triste. ¿Estuvo allí la antiquísima Alona, ciudad griega fundada hace 40 siglos? ¿Fue la importante Colonia romana llamada Ílice? Lo indudable es que, no lejos de la margen izquierda del Segura, á unos doscientos metros de la costa existió un pueblo árabe y en él cierta famosa mezquita, terminada en el siglo X y mandada construir por Ahamed, alto empleado de Abd-el-Rahaman II. Luego, conquistado por D. Pedro el Cruel tornó á ser cristiana la villa mora.

Por las frecuentes incursiones de los piratas argelinos, fué más tarde reconstruída en la

cumbre de un cerro, rodeada de muralla y defendida por un castillo, que tuvo relativa importancia hasta principios del siglo XIX. Pero sus fuertes muros de mampostería y sillería, poderosos contra los ataques de los moros, no podían defender á sus habitantes contra las fiebres palúdicas que los diezaban... ni tampoco contra los terremotos del año 1829, de triste recordación, que arruinaron casi por completo el caserío.

Al reconstruirlo por cuenta de la Nación, se trató de librarlo del paludismo, y para ello lo reedificaron al pié del cerro que antes ocupaba y que lo protege contra las fiebres. Pero otro enemigo empezó por aquella época á preparar la destrucción del pueblo.

Debido en gran parte á las talas efectuadas en las montañas que dan aguas al Segura, comenzó á bajar el río cada vez más manchado por las tierras que arrastra y son pedazos de suelo fértil que pierde España... ¡la patria que se va!

El mar incesantemente devuelve á la playa las arenas que del río recibió y forman montículos que, al avanzar, van siendo cada vez más altos é invadieron los viñedos é higuerales situados en las mejores tierras del término que antes se extendían hasta la playa. Así penetraron tierra adentro, más de un kilómetro, arruinando treinta casas del pueblo, y todo él hubiera des-

aparecido, de no haber puesto dique al invasor, la ciencia del forestal.

Con débiles cañizos se impidió el avance del mar de arena y para fijar definitivamente su oleaje, hubo que acudir á vestirlo de aquella vegetación que poblaba las vertientes del Segura y cuya desaparición repercutió en el pueblo de la costa.

El éxito ha sido completo, mas hoy sólo trataré de la titánica lucha que debieron sostener, para arraigar, los pinitos procedentes de la primera siembra allí efectuada.

Visité aquello cuatro años después de haber comenzado los trabajos y ví un grupo de pinos erguidos gallardamente sobre la tierra, y algunos que mostraban á más de las hojas aisladas, propias de la primera edad, los hacecillos de las otras más largas, que llevan el resto de su vida. El guarda que me acompañaba, en vez de fundar la causa del éxito en que, tras una corta capa de arena, habían encontrado las raíces buena tierra, lo atribuía á que fueron sembrados el Sábado Santo al toque de Gloria.

El caso es que las otras siembras hechas en la inmediación, presentaban un aspecto totalmente distinto. Los pobres pinitos habían comenzado por alargar su raicilla, aún impropia para absorber los jugos del suelo, y luego lanzaron al aire, acaso para mostrar lo elevado de su al-

curnia, la corona formada por sus hojas cotiledonales, que proceden de lo que constituye la parte más voluminosa del piñón. Después ahondaron de nuevo la raíz, aspirando á que su sistema radical alcanzase, lo antes posible, la capa de tierra que se mantiene húmeda aun durante el verano; mas poca agua hallaban en el suelo tan pobre, que entonces debían atravesar. En la porfía llegaron los calores del verano, secándose casi todas las pequeñas hojitas.

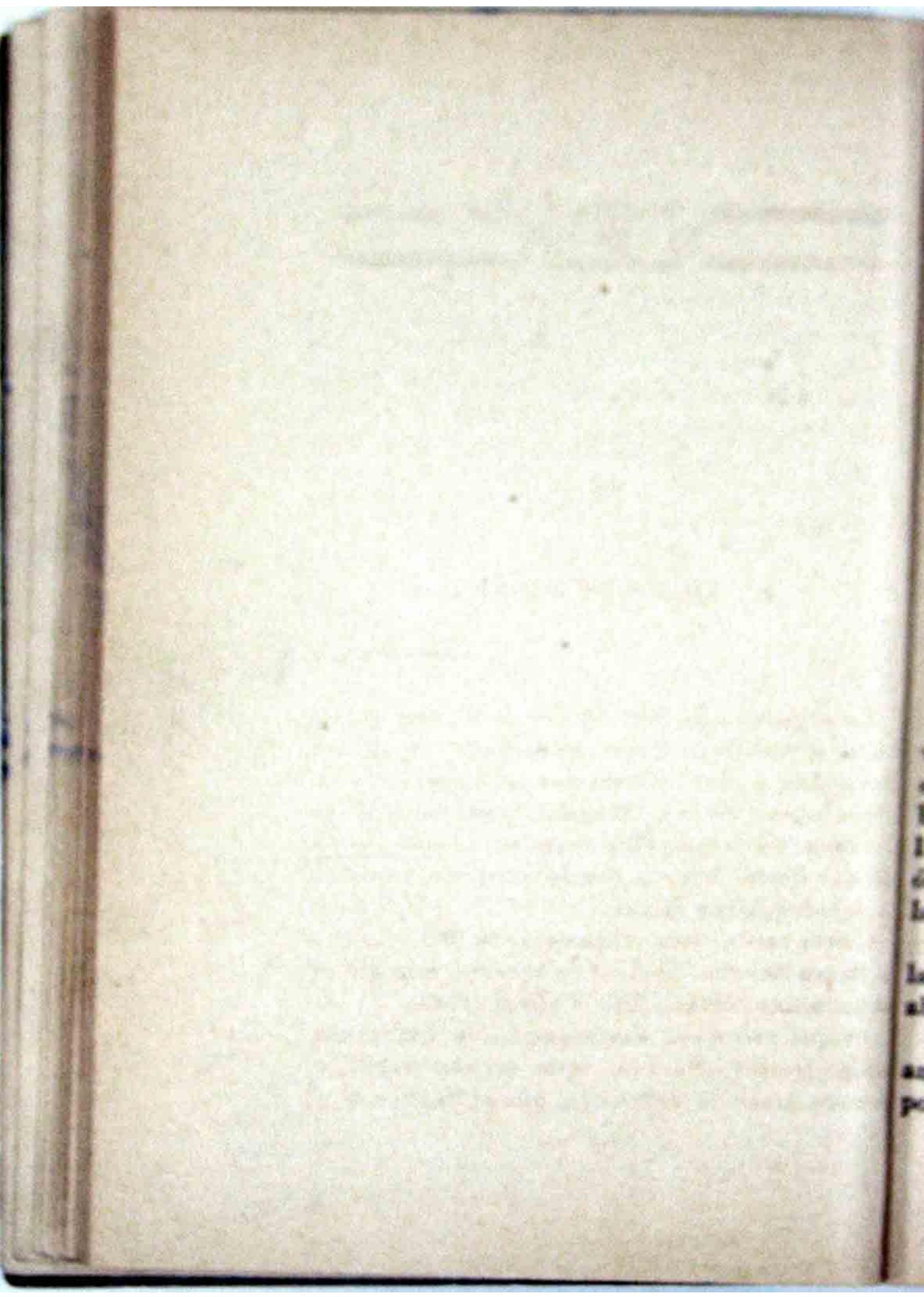
Cayó en otoño una lluvia, que dió alguna humedad á la arena, y pudieron brotar de nuevo varios pinitos, elevándose unos cuantos centímetros más, profundizando á la vez su raíz, que al retorno del estío, desgraciadamente no había logrado encontrar la ansiada humedad.

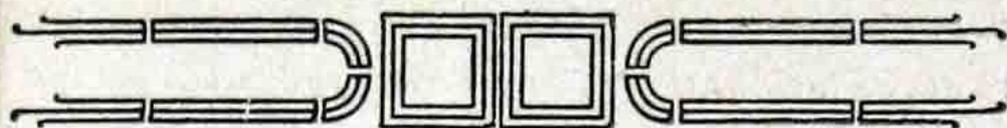
De nuevo, no pudiendo absorber las raicillas suficiente agua para todas sus hojas, como de costumbre dejaron secar las inferiores. Apenas tenían los tallos cinco centímetros de largo, cuando en otoño volvió á humedecerse el suelo y brotando con mayor vigor los pinitos, habían duplicado su altura al llegar la primavera. Mas durante ella reinaron fuertes vendavales y las débiles plantitas eran furiosamente golpeadas contra el suelo por sotavento y apedreadas á barlovento por las arenas que el aire impulsa y arañan las hojas y liman la corteza, hasta el

extremo de hacerla desaparecer en ocasiones por la parte que recibe el soplo marino.

En compensación, al principio del cuarto verano hubo una tormenta que regó la tierra, y con el agua recibida, alguno de los pinos que habían sobrevivido á la terrible lucha lograron alcanzar la capa de tierra siempre húmeda, por lo que se mantuvieron verdes todo el verano, y cuando los visité, parecían cantar victoria.

¿No merecen tales arbolitos, distinciones de esas que se otorgan al hombre por más fácil labor?





## VI

### EL ARBOL DE RIBERA

A Rafael H-R. y C.

En el parque de Murcia, cerca del Segura, se vé un grupo de cipreses, que alzan sus aguzadas copas, y junto á la misma orilla del agua un bello sauce, de los llamados poéticamente ya llorones, ya desmayos, porque sólo á que lloran ó á que desfallecieron puede atribuir el pueblo la dejadez de sus ramas.

Cierta tarde de la primavera de 1914, cuando la tierra llevaba cinco años enteros privada de abundantes lluvias, dijo el río al árbol.....

¿A qué viene esa exclamación de extrañeza, amigo lector? ¿Supones que no soy verídico, porque trato de referir lo que el Segura dijo?

¿Olvidaste que el más famoso lírico español, el reverendo Fray Luis de León aseguró, en maravillosas estrofas, que el río Tajo sacó fuera el pecho, y dirigió un intencionado discurso al último rey godo?

El Segura, menos poeta y orador que el Tajo; pero sin duda más preguntón, dijo al árbol:

—Te compadezco, caro vecino, porque siempre estás triste, y hasta lamento en extremo que tú y los de tu misma especie, que os mirais en mi linfa, no halléis alivio al dolor que os embarga, derramando algunas lágrimas, por que con ello, al mismo tiempo, algo acrecería mi escasísimo caudal. Ya ves á qué lamentable extremo me hallo reducido: al de pedir que, siquiera como limosna, me den una gotita de agua, por que la prolongada sequía de los últimos años me ha empobrecido, me ha arruinado.

Por eso el otro día, olvidando mi gloriosa historia, un paseante se atrevió á llamarme riachuelo y aunque tal insulto despertó mi cólera y ansiaba el dulce placer de la venganza, ya que no me caracteriza la humildad, nada pude hacer. Añoré aquellos felices tiempos en que mi lecho era mucho más profundo, cuando el hombre aún no había venido á transforman la tierra y numerosos cocodrilos se bañaban en mi corriente, porque cualquiera de ellos bastara para imponer silencio perpétuo al calumniador.

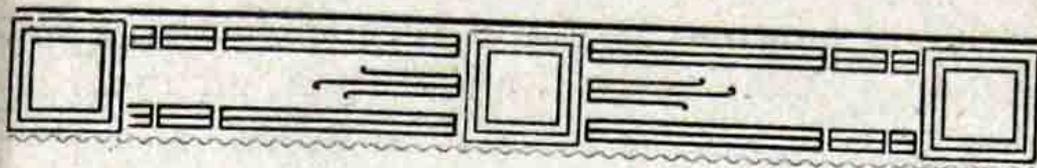
¡Si á lo menos hubiese sido suficientemente fuerte para inundar la huerta de Murcia, como hice más de una vez en tiempos no lejanos! Mas ahora me muero de sed y ni aun hallé suficientes gotas para salpicar la cara del muy desvergonzado! Dejando ésto aparte, ya que no tiene remedio, cuéntame querido sauce tus pesares, como yo te he referido los míos.

— Así se escribe la historia, dijo éste. ¡Suponen que las aguas ríen y los sauces lloran! Porque los sauces no somos tan charlatanes como las corrientes de agua, á pesar de nuestro claro y alegre follaje se nos compara á los cipreses, á esos estúpidos árboles, que aspirando á huir de la tierra, porque no les agrada lo que en ella ocurre, sólo logran ser destinados á entristecer los cementerios. Los árboles de mi especie somos por el contrario verdaderos filósofos, de esa prudente filosofía que hace más grata la vida y á nosotros más aptos para cumplir nuestros deberes. Gracias á ella aprendimos á transformar lo malo en bueno y lo ingrato á lo menos en tolerable.

Se dice, con razón, que el mundo anda trastornado... más ésto sólo sucede desde que el hombre tomó posesión de la tierra, porque antes todo estaba admirablemente dispuesto. Viendo el mal y aspirando á cumplir nuestro deber, nos dijimos los de mi especie: ya que no

podemos cambiar la marcha de la tierra y sin embargo debemos vivir en ella para purificar el aire y embellecer el paisaje, busquemos la orilla del agua é inclinando nuestras ramas, miremos el mundo en su líquido espejo. Así lo vemos debidamente arreglado: contemplamos lo rápidamente que se hunde el vicio y cómo la virtud se eleva hácia nosotros; y cuando la brisa produce un pequeño oleaje, los contornos ganan en belleza lo que pierden en precisión; todo se hace más poético, y el sol al ser reflejado por el líquido elemento, en vez de cegarnos se nos muestra transformado en brillantes.

Lloren los cipreses de columnas, eleven sus agujas sin mirar á la tierra; nosotros preferimos contemplar el cielo en lo profundo de las aguas.



## VII

### EL ARBOL EN LA PLAYA

A Rsoario H-R. y C.

Un poeta paseaba cerca de la orilla del mar, mirando cómo rompía en la arena el oleaje, y formaba elegantes curvas con el más refinado arte; en ello buscaba inspiración para cantar la ausencia de su amada en lastimera oda. Todo aparecía negro y triste á su vista: le daban lástima las olas, siempre obligadas á ir y á volver, y cuando llegan á la playa buscando descanso, reciben tan fuerte golpe que gimen de dolor, coronándose por la blanca espuma que forman sus suspiros, y derraman esas lágrimas que, en ocasiones, salpicaban la faz del vate plañidero.

Continuando su paseo vió un algarrobo, que crecía no lejos de la orilla y cuyo vivir creyó lastimoso. Supuso que, aterrizado el árbol

por los rugidos del mar, se esforzaba por huir del agua salada, ansiando hallarse tierra adentro.

En efecto, el tronco estaba muy inclinado, las ramas que recibían directamente el empuje de los vientos marinos eran cortas, retorcidas y estaban casi sin hojas, mientras las opuestas se extendían rectas, cual los brazos de acobardada mujer que, huyendo de un cruel perseguidor, pide auxilio. Además mostraba el principio del sistema radical, que parecía sujetarlo, á pesar suyo, al lugar donde germinó. Recordaba su aspecto aquellos árboles de la selva humana, dibujada por el genio de Doré al ilustrar con mágico buril la Divina Comedia, ó bien uno de esos horribles crímenes, que frecuentemente muestra el cinematógrafo, para desvelar luego á niños y niñeras.

Entonces el poeta, hallando lo que buscaba, empezó á cantar, en larguísimos versos acentuados á la francesa, los tormentos del desgraciado árbol, aunque ciertamente menores que los suyos, por no disponer de un veloz aeroplano para lanzarse en seguimiento de la musa que le inspiraba. Sin embargo parece que no agradó al árbol la poesía modernista y con objeto de hacer callar al hijo espúreo de Apolo, dijo al poeta lo siguiente, que le hizo el mismo efecto que si hubiera recibido una ducha de agua fría:

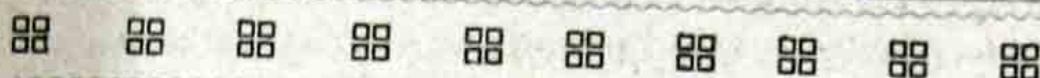
—Amigo; la cosa no es tan tremenda como te hace suponer tu decadente imaginación. Ni el océano me odia, ni sopla el viento para amargarme la vida, ni los árboles tememos al mar, ni quiero apartarme del lugar donde nací, por tener bien sabido que cuando se transplanta alguno de mi especie tan crecido como yo, queda expuesto á gravísimos riesgos que comprometen su vida, aparte de que los árboles no sentimos propensión al turismo.

Contra tu creencia, no me son dañosos los vientos marinos; al contrario, pues como siempre soplan bastante húmedos, me sirven á modo de rocío. Pero lo malo es que cuando vienen demasiado de prisa, arrastran esas llamadas por tí lágrimas de las olas, y son gotitas de agua pulverizada, que, por desgracia, traen disueltas partículas de sal. Por ello, al depositarse sobre mis hojas, queman las microscópicas boquitas que en ellas hay y que me sirven para respirar.

Cuando el aire pasa á la otra parte de mi copa llega ya filtrado á través de las ramas torcidas y hojas tostadas, y no me perjudica. El impulso del viento es la única causa de que mi tronco crezca inclinado, de que se retuerza la mitad que mira al mar de mi ramaje y de que sea recta y horizontal la otra mitad.

—  
Los árboles nos dan ejemplo de resignación

y constancia para luchar contra las circunstancias adversas que les rodean y utilizar las favorables. Casi siempre el hombre procede al contrario.



## VIII

### EL ARBOL EN LA CUMBRE

A Ricardo H-R. y C.

El valle poblado de jardines y huertos, parecía un paraíso; regábanlos las aguas que descendían mansamente de la ladera, cubierta por densas masas de arbolado forestal, en que no penetraban los rayos del sol. Así en el monte el ambiente siempre era fresco y grato, y se respiraba el embriagador aroma del pinar, que sana las heridas de los pulmones y también las del alma. Al rugir el viento sobre las copas, únicamente se permitía bajo ellas murmurar la brisa; pero eran murmullos inocentes, sin malicia, y sólo por pasar el rato.

Entre los beneficios que la llanura recibía del arbolado forestal vecino, además del aire puro

y embalsamado que enviaba, templando los ardores estivales, como los mares y lagos mandan á las playas y riberas su refrescante brisa, debía contarse la incesante labor de las raíces, para hacer productiva la roca del subsuelo, que sólo sirve de peana ó cimiento al monte. En efecto las al principio débiles raíces dejan marcada su traza en la superficie del más duro mármol; donde quiera que hallan una hendidura, se introducen y al lignificarse obran á modo de cuña, quebrantando las peñas y preparando su trituración.

Además cuando se cernía sobre el arbolado una tormenta, las hojas eran otros tantos pararrayos, que enviaban oleadas de electricidad de la tierra para neutralizar la de las nubes, protegiendo así grandes extensiones contra las destructoras granizadas. También daban asilo á los pájaros, que impiden la multiplicación de esas plagas de insectos, ruina de los agricultores.

Conforme se ascendía por la ladera era menor la temperatura del aire; los arroyos, abajo tan pacíficos, comenzaban á formar pequeñas casacadas y á turbar el magestuoso silencio de la selva; los árboles elevaban ménos sus cimas, veíanse algunos troncos torcidos; pero los rodales de arbolado permanecían sin soluciones de continuidad.

Subiendo más, se notaban claros donde las

peñas sobresalían. Por fin, rota la masa forestal, vegetaban aquí y allá pinos distanciados con troncos tortuosos, ramas pobres de hojas y algunas secas, continuando así hasta la cumbre.

Esa vanguardia de árboles que aspira incesantemente á escalarla, y sobre todo, sus guerrillas merecen que fijemos nuestra atención. En las alturas la vida es difícil y el batallar incesante, porque cerca de las divisorias de aguas escasea la tierra vegetal, y el calor, el frío, el viento, la nieve, las heladas, adquieren una rudeza que ni aun imaginarse pueden los que habitan las tierras bajas.

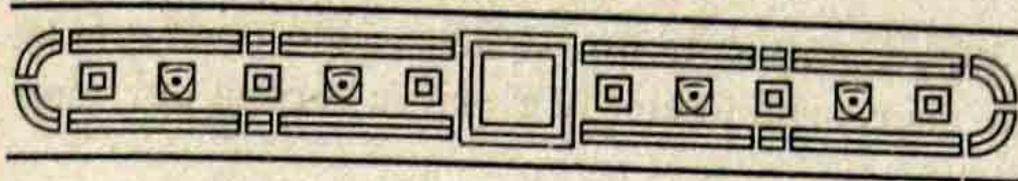
Tales árboles, al defender con tesón su vida, defienden la de sus hermanos por ellos protegidos, que, situados más abajo, gozan de una existencia plácida y tranquila. Los de arriba son feos y tortuosos para que los otros sean rectos, altos y bien formados; cada una de aquellos ha de producir, durante años y años, millares de semillas para dejar ¡acaso! cuando muera, otro árbol que le releve en el puesto de peligro que le fué confiado.

Por éso el forestal, que es el amigo, el defensor y el médico del árbol de la sierra, no corta ninguno de los situados en la ancha faja de peligro, que llega desde la cumbre hasta dentro de la masa de monte, á no ser cuando el árbol, no ya cansado de luchar, sino imposibilitado de

ello, da signos de que se acerca el día en que ha de caer, ornado con la gloriosa corona del martirio.

—

Miremos con respeto los árboles de la cumbre, por raquíticos, por achaparrados que parezcan, que si jamás llegan á mástiles, gracias á ellos se producen, más abajo, los aprovechables en tan alto empleo. Imitémoslos y estemos persuadidos de que el más noble, el más alto destino á que el hombre puede aspirar, es á cumplir siempre su deber, ¡mirando al cielo!



## IX

### EL ÁRBOL MARTIRIZADO

A Juan H-R. y C.

La ignorancia y la rutina hacen que los hombres cometan inverosímiles atentados contra los árboles. En verdad, para que fructifiquen con abundancia, se hace preciso que sus ramas sean directamente iluminadas por el sol, y con tal objeto son podados los frutales, aunque conviene advertir que si esa operación, para tal fin es ventajosa, merma al árbol belleza y salud, y de ello debe prescindirse generalmente en los destinados á adornar jardines y parques, á dar sombra en las calles y á producir maderas en el monte.

No es ésto proscribir las verdaderas limpiezas, que suprimen las ramillas ni aun el cortar ramas gruesas, cuando fuere preciso como ope-

ración quirúrgica para salvar el árbol, sin prescindir en este caso de alisar y alquitranar los cortes y siguiendo los demás procedimientos encaminados á que en las heridas no se desarrollen los gérmenes de la descomposición.

Cierta noche de verano fuí á un jardín de estilo francés, que estaba iluminado por la pálida luna, para disfrutar la frescura del aire, hallando compensación á las molestias del día. Me senté en un banco de piedra, y mi espíritu volaba por los espacios etéreos, cuando empecé á oír murmullos incomprensibles, que no puede atribuir á la brisa, ya que no se movía ni una hoja y después percibí.....¡ideas! sí, verdaderas ideas; sin palabras, expresadas claramente en el idioma usado, sin duda, por los seres incorpóreos, idioma completamente internacional, pero solo inteligible cuando el corazón rebosa de amor .....lengua algo parecida á la de los ojos de los amantes.

Los murmullos, las doloridas quejas, provenían de aquellos árboles. Lamentaban que, habiéndoles dotado la naturaleza de magestuosas dimensiones y de formas artísticas en alto grado, el mal gusto, la estupidez humana hubiera convertido el jardín en un laboratorio de vivisecciones, capricho sin duda sólo propio de una estragada neurasténica.

No era permitido á los pobres olmos que se

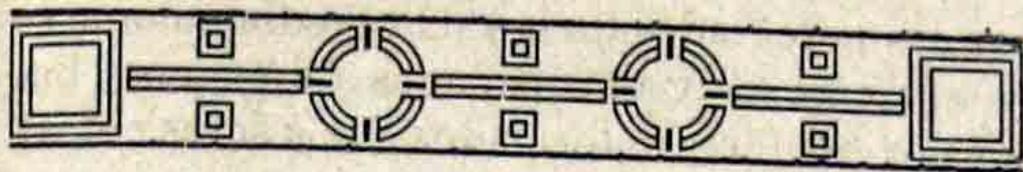
elevaran más de tres metros del suelo; al hermoso laurel, símbolo de la victoria, se le daba la apariencia de una estaca hincada en tierra y terminada por una esfera de follaje, bien recordada, pues parecía pecado mortal que una hoja sobresaliera un centímetro. Así, dándoles rigidez geométrica, desaparecía la armoniosa irregularidad de las copas. Con los cipreses habían formado pilastras, columnas y arcadas; pero los que ponían más lastimosamente el grito en el cielo eran los tejos; esos árboles que parecen simbolizar la eternidad, pues viven hoy ejemplares que conocieron el principio de la era cristiana, cuyo tronco es recto, su cima cónica y en el follaje sombrío se destacan frutos rojos como el granate, siendo la madera excelente para dar forma á las creaciones de los escultores.

Para satisfacer caprichos propios de esos degenerados, que gozan al ver destruidas las obras de inmortales genios, los pobres tejos habían sido transformados por la tijera del jardinero en antiartísticos pedestales y sobre ellos se alzaban grotescas figuras del mismo follaje, representando pajarracos y cuadrúpedos, cuyas especies no hubiera sabido determinar el mismo doctor Brehm.

Me pareció que el gusto de contemplar tales extravagancias pedía compararse al que sintie-

ran los potentados de la Edad media cuando se complacían en ir acompañados de enanos, bufones y hombres deformados, que á seres nobles sólo pueden inspirar lástima y compasión, y también recordé aquellos semisalvajes, que hacen objeto de sus burlas al tonto ó al jorobado del pueblo.

Ley de talión, ¿por qué acudes á mi memoria?



## X

### EL ÁRBOL ESCARNECIDO

A. Joaquín H-R. y G.

Mucho tiempo había pasado desde que la tierra fué una nebulosa separada del sol, y también desde que la luna, imitando tal tendencia al aislamiento, había huido de nuestro planeta y éste se balanceaba en el espacio redondeándose, aunque presentando ciertos graciosos achatamientos hácia los polos é irregularidades en su superficie, que le quitan monotonía.

Cuando el calor comenzaba á ser soportable para la materia organizada, germinó en cierto valle andaluz, entre otras, una yerbecilla que sólo servía para comida de los ganados, aunque aspiraba á ser más útil al favorito de Júpiter, al hombre.

Perdonad que haya olvidado decir, á su debido tiempo, que entonces este caballero era

el padre de los dioses, y que las yerbas, en aquella dichosa época pensaban mejor que la mayoría de los hombres en este siglo XX de la nueva era, y no sólo pensaban sino que hablaban también. Por cierto que hay quien asegura que hablaban en Esperanto. Júpiter, por ser relativamente joven, aún no se había vuelto sordo. Reconoced que esta explicación no huelga.

El caso es que la yerbecilla dijo al dios de la electricidad:

—¡Papaito! Cuando llegue el invierno, sus hielos desgarrarán mis celdillas y fibras, me mustiaré, y acabará por secarse todo mi cuerpo, quedando hecha una lástima. Ciertamente ya habré esparcido semillas, que germinarán la próxima primavera, mas antes de cubrir la tierra con su verdor, habrán de fabricar raíces, que son productos que no pueden utilizar ni los hombres ni los animales. Si tú quisieras volver leñoso mi sistema radical, yo produciría más hojas y flores y frutos. Júpiter, siempre amable, menos cuando tenía algún disgusto con su cara mitad y le daba por aterrorizar el mundo con truenos y relámpagos, consintió, y la yerba fué provista de una raíz leñosa, dejando de ser planta anual y pasó á figurar entre las vivaces.

Sin embargo, reflexionando la plantita tanto

como un filósofo alemán, é insistiendo más que un mendigo pedigüeño, suplicó que las celdillas y fibras de su tallito se endureciesen por la adición en otoño de lignina ó vasculosa, substancia que, aun cuando de ambos modos es denominada por los botánicos, todavía no resulta bien conocida, porque los hombres de ciencia saben mejor los nombres de las cosas que lo que son en realidad. De tal suerte, cada año quedaba modificada, por decirlo así, la última capa de materia leñosa producida, que recubría las anteriores y se aumentaba la altura y el grueso del tronco, resultando, por cierto, una madera de las más fuertes y duras.

El árbol, dominado por su afán de perfeccionarse, de nuevo pidió al dios que diese á sus hojas la consistencia del cuero, para que con mayor lentitud evaporasen el agua de la savia, y de esta suerte ser productiva aun durante los años de sequía, y hasta le rogó también que agrandase y dulcificase sus semillas, transformándolas en bellotas. Entonces el hombre le llamó *encina*.

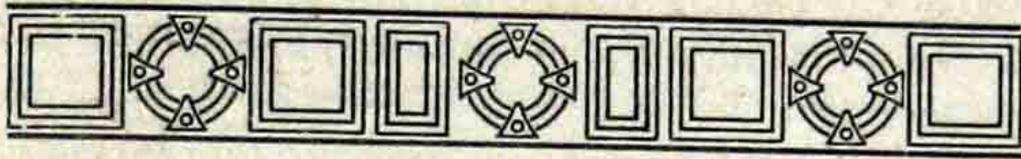
Mas ésto no fué suficiente para calmar sus laudables aspiraciones. Aunque sabía vivir en los países más secos, dar grata sombra y refrescar el aire, fijando con su poderoso sistema radical la tierra de las laderas á la roca subyacente, y por más que producía durísima madera,

excelente carbón y sabroso fruto, no le bastaba, aspirando siempre á ser más útil al hombre. Pero ¿cómo?

El amor es ingenioso, y halló lo que buscaba diciendo: «si lograrse hacer más gruesa mi corteza, podría defender al hombre del calor y del frío, de la humedad y de la sequía, sirviendo también para conservar largo tiempo el precioso fruto de la vid y para tapar las botellas en que guarda el vino, que le alegra y le transporta al país de los sueños.

Entonces se transformó en el *alcornoque*, á quien deben su prosperidad extensas regiones y su bienestar muchos hombres, que de tiempo al tiempo le desnudan, arrancándole su gruesa corteza, y causándole terribles heridas.

Y el hombre muestra su gratitud al árbol llamando á todo el que nada bueno hace y para nada sirve ¡ALCORNOCUE!



## XI

### EL ARBOL DE LA FIESTA

A María del Dulce Nombre H-R. y C.

El día era hermoso. Terminada la misa acudió el pueblo á la escuela, donde se celebraba una exposición de arbolitos y plantas de adorno, que habían sido cultivados por los niños y se otorgaron premios á los más bellos.

Luego se reunieron en la plaza, empezando la procesión cívica precedida por los alumnos, ataviados con los trajecitos de gala, y llevando cada uno de los niños el árbol que debía plantar, y las niñas regaderas adornadas con cintas y flores. Seguían las personas más importantes de la población y cerraba la marcha el ayuntamiento en pleno, precedido del pendón municipal.

Al partir se entonó el himno á la bandera, siguieron los cantos escolares de los niños y al

llegar al lugar de la plantación, que estaba adornado con banderitas, guirnaldas y escudos, se lanzaron multitud de cohetes, entre los atronadores vivas de la multitud, que allí esperaba. Cantóse el himno al árbol, el párroco bendijo los que se habían de plantar, dedicó una sentida plática á los niños rogándoles al terminar que, cuando muriera, pusieran árboles sobre su tumba, á fin de que se alimentasen de su polvo, como recuerdo del gran cariño que les profesó en vida. (1).

Luego comenzó la plantación, dirigida por el sobreguarda de montes, mientras los maestros explicaban á los niños la razón de lo que efectuaban.

El alcalde plantó el primer árbol, dedicándolo á la memoria de un bienhechor del pueblo, recientemente fallecido. Llenas de agua las regaderas, que las niñas llevaban, cada una vertió el precioso líquido sobre uno de los arbolitos, y así tuvo padrino y madrina que le protegiesen.

Nuevos vivas, un discurso del alcalde, reparto de meriendas.... y los muchachos á soñar con que la fiesta se repetiría al año siguiente.

No se pusieron á los árboles tablitas, con los nombres de los padrinos. ¿Para qué? Bien sabía

---

(1) Palabras del Presbítero D. Germán García.

cada niño qué árbol era el suyo, y allí se les veía después regándolos, enterrando á su alrededor un puñado de ceniza, quitándoles la oruga que roía una hoja ó la ramita chupona, apenas se permitía iniciar el primer brote; y cuando no, los contemplaban embelesados, como si sus miradas los hicieran creer.

Siempre que les era posible, veíase á Juan y á Pedro en el camino del sitio de la plantación, para hacer una visita á sus árboles, y á Fuensanta y á Martina con sus cantaritos de agua, para regar los que aquellos habían plantado.

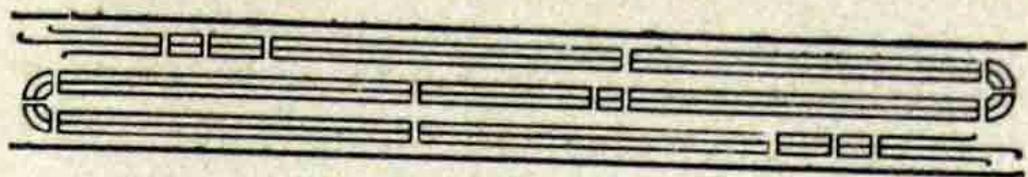
Pasaron años y las visitas no cesaban, creyendo advertir algunos maliciosos que, al principio, Juan miraba á Fuensanta tanto como al árbol y después más, mucho más.

Llegó la quinta; Juan y Pedro fueron llamados al servicio de las armas, y Juan y Fuensanta se despidieron al pié de su árbol, Pedro se despidió sólo del suyo, pues Martina andaba algo distraída y ya rara vez lo visitaba. Marcharon á Madrid los dos amigos y poco después á Melilla, donde la Madre Patria les enviaba á pelear. Allí, al hablar los dos de su pueblo, de su familia y aun de sus árboles, algunas lágrimas asomaban á sus párpados, con intención de regar sus rostros, atezados por el sol africano; pero las contenían juzgándolas debilidad impropia de soldados. En tanto los árboles no es-

taban desatendidos, pues Fuensanta visitaba el suyo con harta frecuencia, y más de una vez se halló con la madre de Pedro, que acudía á contemplar el que su hijo habia plantado.

Pasó tiempo, Juan volvió al pueblo, ostentando en su pecho la medalla de Africa y una cruz del mérito militar. Pedro no volvió, porque habia dado toda su sangre por la Patria.

Una tarde Juan y Fuensanta se hallaban al pié de un árbol, formando risueños proyectos para el porvenir, mas de pronto se anublaron sus ojos, por que vieron á la madre de Pedro que estaba regando con sus lágrimas el árbol plantado por su hijo; del tronco pendía una corona de laurel con negro crespón, que el alcalde habia colocado allí solemnemente. El árbol se habia convertido en un monumento dedicado al obscuro héroe.



## XII

### EL ULTIMO ÁRBOL

A María Teresa H-R. y C.

*Lugar sagrado es un bosque  
¡Infeliz quien no lo precia!  
Maldita de Dios la mano  
Que lo tala ó que lo incendia*

(Ricardó Sanchez Madrigal)

El gigante de la selva había nacido en una época de prosperidad para la familia. Cayó un piñón en suelo enriquecido por el mantillo que formó la hojarasca desprendida en los últimos años, halló humedad suficiente cuando las primeras brisas del otoño refrescaron la tierra, y brotó lanzando al aire algunas hojas. Luego, contando ya con ellas para preparar los alimentos, empezó á trabajar con fe, profundizando cuanto pudo la raiz central, sin cuidarse de crecer hasta contar con sólida base, y tomando posesión del suelo que le había de sus-

tentar y mantener, con tan sabia precaución, que cuando las raíces adquirían alguna fuerza las contraía, para quedar bien sujeto, sujetando á la vez la tierra de la empinada ladera á la roca subyacente.

Vinieron las suaves temperaturas primaverales, que avivando la actividad de la planta le hicieron producir nuevas hojas, y aunque llegó el verano con sus ardores, como los grandes árboles próximos la resguardaban de los ardientes rayos del sol, conservaba una atmósfera húmeda que convenía á su vida.

Por ello también eran abundantes los rocíos y las lluvias que empapaban la hojarasca, y se filtraban lentamente en la tierra, dando agua cristalina á los arroyuelos y enriqueciendo los manantiales.

Como crecía ansioso por hallar la luz, sintió placeres inefables cuando, alzando su delgado tronco limpio de ramaje, joven aún y como en recompensa de su noble aspiración de elevarse al cielo, pudo contemplar sin obstáculo el verde manto que cubría la ladera, y á la vez admirar lo numerosa que era su familia.

Pero sin duda su mayor encanto era albergar entre sus ramas los pintados pajarillos, que en ellas colgaban los nidos de sus amores y le recreaban con trinos, ¡Y qué espléndidamente pagaban su alojamiento los cantores, librándo-

le de los insectos que aspiraban á vivir á costa del árbol!

Mas ¡ay! la dicha no es eterna en el mundo. Años tras años pasaron, y empezó á ver que en la base de la montaña se aclaraban los árboles. Al principio, gracias á la sombra proyectada, conservaban los pastos su verdura durante el verano; mas á medida que los troncos de pinos bajaban, los claros iban ascendiendo y se convertían en calveros y luego hasta se agostaban los pastos. Por fin, disminuyeron los manantiales, las lluvias ahondaron el lecho de los barrancos y asurcaron las laderas; el aire en verano se hacía abrasador, y aunque el pino cerraba las boquitas de los numerosos estomas de sus hojas, para disminuir la evaporación, apenas podía defenderse de los ardores estivales.

Además, pasaban las nubes sobre la montaña, y en vez de resolverse, como antes, en benéfica lluvia, por encontrar la húmeda atmósfera del bosque, hallaban ahora reflejados los rayos del sol ardiente y en el sequísimo aire se disolvían; ó bien el exceso de calor originaba tempestades, y con ellas los torrenciales aguaceros.

Viendo el pobre árbol tan mermada su familia, esparcía pródigamente sus piñones, aspirando á reproducirse; pero en vano, que el suelo privado de la hojarasca absorbía, al enfriarse

por la noche, y esparcía, al calentarse á los rayos del sol, grandes cantidades de aire, que le robaban la humedad. endureciéndolo y dejándolo como calcinado. Si algún pinito nacía, á pesar de todo, una cabra de satánicos cuernos le hacía objeto de sus mordeduras y lo abrasaba con el fuego de su cáustica baba.

Los pájaros huyeron también y como consecuencia, se llenó el árbol de bolsas en que habitaban millares de orugas, que le devoraban las hojas apenas nacidas, quitándole los medios de respirar y aun de vivir.

Por fin se vió sólo en la ladera; para amargar su doloroso aislamiento, un leñador lo hizo objeto de bárbaras mutilaciones, y por las anchas heridas penetró el agua, produciendo las cáries. Así fué manchado su antes limpio tronco, y dió gracias al cielo cuando, apiadado de sus infortunios, en una tormenta, recibió un rayo, que dió honrosa muerte al gigante de la selva.

La cabra quedó reina y señora del espantoso erial, del cadáver de la montaña, asesinada por la impiedad, la ignorancia y la codicia del hombre, y hoy muestra al desnudo su esqueleto de rocas.

«Lugar sagrado es un bosque  
¡Ay de quien no lo venera!»  
¡Bendita de Dios la mano  
que las montañas repuebla!

## EPÍLOGO

### ¿QUIEN HIZO EL MONTE?

El ingeniero dice: Yo hice el proyecto de repoblación, y mandé sembrar.

Dice el contribuyente: Yo dí recursos para los trabajos; por tanto, yo hice el monte.

Dice el jornalero: Yo abrí los hoyos y esparcí la simiente. A mí se debe que exista repoblado.

Dice el suelo: Yo dí espacio para que germi- nase la semilla y arraigaran las plantas.

Dice el aire: Yo acaricio las hojas de los árboles y les ofrezco el carbono que necesitan para que puedan formar materia orgánica y el oxígeno para que respiren. Por mí existe el monte.

Dice el sol: Soy el padre de la vida, pues doy á los árboles la energía necesaria para nutrirse y crecer. Sin mí, nacerían pálidos y á poco morirían. Yo hice el monte.

Dijo la nube: Yo traigo agua del Océano para que los árboles produzcan la savia, que luego transforman en su propia substancia. Si no llo-

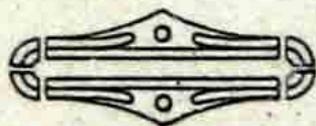
ran cuando tardo en llegar, es por que entonces carecen de líquido con que formar las lágrimas. Donde hay vegetación á mí se debe.

El que dió inteligencia al ingeniero, recursos al contribuyente, fuerza al sembrador, hizo producir semillas, creó la tierra que sustenta la planta, el aire que respira, el sol que le dá verdura y el agua que la fertiliza, calla, y sigue gobernando el mundo.

¡Humillemos la cabeza!

# ÍNDICE

|                                      | <u>PÁGINA</u> |
|--------------------------------------|---------------|
| I—El árbol en maceta. . . . .        | 3             |
| II—El árbol aislado . . . . .        | 9             |
| III El árbol en espesura. . . . .    | 13            |
| IV—El árbol en el huerto. . . . .    | 19            |
| V—El árbol en la duna . . . . .      | 25            |
| VI—El árbol de ribera . . . . .      | 31            |
| VII El árbol en la playa . . . . .   | 35            |
| VIII—El árbol en la cumbre . . . . . | 39            |
| IX · El árbol martirizado . . . . .  | 43            |
| X—El árbol escarnecido . . . . .     | 47            |
| XI—El árbol de la Fiesta . . . . .   | 51            |
| XII—El último árbol . . . . .        | 55            |
| EPÍLOGO—¿Quién hizo el monte? .      | 59            |



**Real Sociedad Española**  
DE LOS  
**AMIGOS DEL ÁRBOL**

El objeto principal de esta Sociedad es propagar y defender el arbolado, tanto agrícola como forestal, como también las aves insectívoras, contribuyendo á la celebración y generalización de la Fiesta del Árbol, como valioso medio de educación y cultura, propagando sus ideales en la prensa, en la tribuna y sobre todo por siembras, plantaciones y creación de viveros, cuando los recursos de que disponga lo consientan.

Los Socios se dividen en cuatro clases:

**Protectores que abonan al año 36 pesetas.**

**Fundadores** » » » **12** »

**De número.** » » » **3** »

**Colaboradores, que nada pagan.**

Los Socios de las tres primeras clases reciben gratis el Boletín y los Colaboradores lo reciben también, cuando demuestran que su trabajo es verdaderamente útil á la Sociedad.

---

**SUSCRIPCIONES**

con destino á la celebración de la Fiesta del Árbol

Una colección de los impresos necesarios para percibir hasta seis pesetas en un año, consta del estado en cartulina, para que el niño recaudador lleve la cuenta de las entregas mensuales de á cinco céntimos que le hagan los diez individuos que se le hayan asignado, con la explicación al dorso del procedimiento que puede seguirse al efecto. Además le ac en añan doce hojas de á diez talones resguardos para acreditar la entrega de cinco céntimos en cada uno de los doce meses. Cuestan:

**15 colecciones 1 peseta**

**30** **2**

**50** **3**

Dirijase los pedidos al ordenanza del Distrito forestal de MURCIA.

## DEL MISMO AUTOR

---

TABLAS GRÁFICAS LOGARÍTMICAS Y DE LÍNEAS TRIGONOMÉTRICAS NATURALES. — 1890.

CONSTRUCCIÓN DE TABLAS GRÁFICAS PARA OPERACIONES ABREVIADAS. — 1894.

APUNTES RELATIVOS A LA REPOBLACIÓN FORESTAL DE LA SIERRA DE ESPUÑA. — 1900.

LLUVIAS EN SEPTIEMBRE DE 1906 EN LA DIVISIÓN HIDROLÓGICO-FORESTAL DEL SEGURA. 1907.

CLASIFICACIÓN BIBLIOGRÁFICO-DECIMAL y extracto de las tablas empleadas en el Repertorio Bibliográfico Universal, para uso del personal facultativo de Montes. 1911.

REGISTRO Y TRAMITACIÓN DE LOS EXPEDIENTES RELATIVOS AL RAMO DE MONTES. — 1912.

HOJAS FORESTALES. — 1912.

CARTAS FORESTALES. — Febrero 1907 á Septiembre 1908. — Octubre 1908 á Julio 1909. — Octubre 1909 á Enero 1911.

MISCELÁNEA FORESTAL. — 1912-1913.

LA FIESTA DEL ÁRBOL. Recuerdos, datos, consejos, himnos, máximas y pensamientos. — 1913.

CRECIMIENTO Y FRUCTIFICACIÓN DE ALGUNAS ESPECIES ARBÓREAS EMPLEADAS EN LA REPOBLACIÓN FORESTAL DE LA SIERRA DE ESPUÑA. — 1908. — Presentado al Congreso de Zaragoza de la Asociación española para el Progreso de las Ciencias.

DISTRIBUCIÓN DE LAS LLUVIAS EN LA SIERRA DE ESPAÑA.—1910.—Presentado al Congreso de Granada de la A. E. para el P. de las C.

LIGERA IDEA DE LOS TRABAJOS HIDROLÓGICO-FORESTALES QUE EFECTÚA EL ESTADO.—1913.—Presentado al Congreso de Madrid de la A. E. P. C.

EFEITOS DE ALGUNOS TRABAJOS HIDROLÓGICO-FORESTALES REALIZADOS EN ESPAÑA, SEGUN DATOS DE LOS INGENIEROS DE MONTES QUE LOS PROYECTAN Y DIRIGEN.—1913.—Presentado al IX Congreso Internacional de Meteorología, Climatología y Geología.

CONFERENCIAS.—I. Los vegetales y su alimentación. - II. Cultivos de secano en el campo de Cartagena. III. Árboles y montes. - IV. Alianza de España con el árbol.—V. Los Montes, su aprovechamiento, sus productos. - VI. Trabajos hidrológico-forestales. - VII. Piscicultura y pesca. - VIII. Conservadores y Forestales.

FOLLETOS DE PROPAGANDA DEL IDIOMA ESPERANTO: Esperanto. - Importancia de la adopción de un idioma auxiliar internacional para el progreso científico.—Cómo influiría un idioma internacional en el progreso de la Agricultura, de la Industria y del Comercio de España.—Don Bonifacio Sotos Ochando, el Dr. Zásnenhof y los idiomas de su invención.

